

En las trincheras de la prensa carlista: periodismo y militancia en el siglo XX

Inside the Carlist press trenches: journalism and militancy during the XXth century

Francisco Javier Caspistegui

Universidad de Navarra, España

fjcaspis@unav.es

<https://orcid.org/0000-0002-6754-5756>

Recibido: 15/06/2022

Aceptado: 02/12/2022

Cómo citar este artículo: CASPISTEGUI, Francisco Javier (2023). En las trincheras de la prensa carlista: periodismo y militancia en el siglo XX. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (26), pp.101-123, <https://doi.org/10.14198/pasado.22956>

Resumen

Aunque dado por muerto en repetidas ocasiones, el carlismo mantuvo una significativa presencia en la sociedad española del siglo XX, pese a una progresiva contracción fruto de la suma de divisiones y rupturas. Una de las formas en las que se hizo presente en el espacio público fue a través de una prensa que se profesionalizó, aunque buena parte de sus periodistas combinaran esta actividad con una militancia y un activismo intenso, lo que da lugar a tres preguntas: ¿cuál fue la conexión entre carlismo y militancia? ¿puede hablarse de militancia carlista? ¿cómo se plasma esta militancia en los periodistas de este movimiento? En esta diversidad de situaciones hay algunas significativas trayectorias personales que servirán para un análisis de los procesos de modernización y adaptación de la prensa carlista al cambiante y turbulento contexto del siglo XX. Se trata de Juan María Roma, Melchor Ferrer y Josep Carles Clemente, figuras relevantes de este marco carlista que caracterizan la combinación de actividad profesional y militancia activa.

©2023 Francisco Javier Caspistegui



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

Palabras clave: Carlismo; Periodismo; Militancia; Juan María Roma; Melchor Ferrer; Josep Carles Clemente.

Abstract

Although repeatedly presumed dead, Carlism maintained a significant presence in Spanish society along the 20th century, despite a progressive contraction resulting from a series of divisions and ruptures. One of the ways it was present in the public sphere was through a professionalised press, although many of its journalists combined this activity with militancy and intense activism. This gives rise to three questions: What was the connection between Carlism and militancy? Can we speak of Carlist militancy? How is such militancy reflected in this movement journalists? Such diverse situations provide significant personal trajectories allowing for an analysis of the processes of modernisation and adaptation of the Carlist press to the changing and troubled context of the 20th century. These are Juan María Roma, Melchor Ferrer and Josep Carles Clemente, all of them important figures in this Carlist context who characterise the combination of professional activity and active militancy.

Keywords: Carlism; Journalism; Militancy; Juan María Roma; Melchor Ferrer; Josep Carles Clemente.

Financiación: Este artículo forma parte del proyecto «Sociabilidad, identidad y culturas políticas en la España contemporánea. Un estudio de caso en perspectiva comparada», dirigido por la profesora Coro Rubio Pobes, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea del Ministerio de Economía y Competitividad, ref. PGC2018-094133-B-100 (MCIU/AEI/ FEDER, UE).

Cuando el carlismo del siglo XIX utilizaba la palabra militante, el sentido habitual y aceptado era el eclesiástico. La Iglesia militante era, por tanto, aquella que constituían los fieles sobre la tierra, diferente de la purgante o paciente, constituida por las almas del purgatorio y de la triunfante, la de los bienaventurados del cielo. El origen castrense de la palabra era inequívoco también en este sentido, pues asumía que el cristiano en la tierra estaba en combate permanente contra el mundo, el demonio y sus pasiones (Diccionario, 1846: 358). Buena parte de las referencias que incluía la prensa tradicionalista se vinculaban a este sentido, con claras connotaciones agustinianas, al distinguir la Jerusalén terrestre de la celeste. No era una percepción exclusiva, pues buena parte de los diccionarios desde el siglo XVII recogían para militante esta acepción, por ejemplo, en el de Covarrubias (1611), o en los de la Real Academia del siglo XVIII. Ya durante el siglo XIX se añadió el sentido de «haber, o concurrir en cualquiera cosa, alguna razón o circunstancia particular» (Núñez de Taboada, 1825: 987). En el siglo XX aumentaron las acepciones, con la que definía la

acción de militar como «figurar en un partido o en una colectividad», según se recogía en el diccionario de la Real Academia a partir de 1925.

El objetivo de este artículo es mostrar la relación entre la categoría de militante, generalmente asociada a culturas políticas de izquierdas, y el mundo del tradicionalismo, especialmente a partir de tres trayectorias periodísticas significativas por su trascendencia y por unir lo puramente profesional en el mundo de los medios de comunicación con una implicación política de carácter institucional.

1. Uso y análisis de los conceptos de militante y militancia

Para comenzar la pregunta podría ser si realmente se puede aplicar el término militante o militancia a la cultura política carlista, si un término como este tiene sentido más allá de los usos habituales de un concepto generalmente asociado a la lucha sindical y de izquierdas. La literatura que aborda el tema asumió desde comienzos del siglo XX el objetivo de la coordinación y centralización como mecanismo para la consecución del poder. Esta era la idea expresada por Lenin en varios escritos en torno al estallido de la revolución de 1917, siempre insistiendo en el énfasis de las acciones asociadas al término militante¹. Fue en el período de entreguerras, y de la mano del desarrollo de la propaganda, cuando la idea de militante o de activista se fue generalizando, marcando un grado de compromiso por encima de la mayoría de la sociedad, una fidelidad a las ideas y la organización y una disciplina que iba más allá incluso de la individualidad. Esta caracterización se asoció estrechamente a las organizaciones de masas primordialmente de izquierda. Así, por ejemplo, ya en 1939 el geógrafo e historiador, pensador anti-industrial y libertario Bernard Charbonneau, trataba de hacer una panorámica sobre el militante como figura del mundo de la política, y afirmaba que en 1930 este era, por excelencia, el comunista (1939: 242)². Hasta llegar a ese punto, establecía el origen del término a mediados del siglo XIX, para referirse con él a toda convicción intensa. Aseguraba que en la segunda mitad de ese siglo se fue profesionalizando o, al menos, especializando en torno al juego electoral, a la obtención de votos y, en definitiva, a la consecución del poder. Carentes muchos partidos, especialmente los de izquierdas, de los recursos de los conservadores, debían recurrir a una masa de militantes dedicada a la propaganda:

1. Valga como ejemplo «Sobre el significado del materialismo militante» [1922], en: Lenin, 1980: 687-695, donde servía para definir el ateísmo combativo y mostraba los medios mediante los cuales atacar el clericalismo.

2. Lo que no significaba que otros sectores no lo empleasen. Por ejemplo: *Manual* (1930).

«Et le mot de militant finit par prendre son sens actuel: non pas l'homme qui agit, mais l'homme affilié à une organisation: ligue, parti ou syndicat» (Charbonneau, 1939: 241). También en las derechas, continuaba, se había iniciado un proceso de captación de militantes, especialmente de la mano de *Action Française*. Además, estaban los trabajadores que, en un marco sindical, no buscaban el voto, pero sí la mejora de su situación. En cualquier caso, esta visión de 1939 era sumamente crítica, descalificando al militante como funcionario de escasa imaginación y actividad, ajeno a cualquier riesgo o iniciativa: «Le militant est l'homme le plus en dehors de son temps que l'on puisse concevoir» (Charbonneau, 1939: 248). De hecho, pedía la desaparición de los militantes si se quería luchar contra el fascismo que asomaba en el horizonte más inmediato (Charbonneau, 1939: 248).

A este panorama asociaba Charbonneau otra figura fundamental, la del intelectual, todavía muy presentes las críticas reflexiones de Julien Benda en *La trahison des clercs* (1927), hacia el compromiso de los pensadores del nacionalismo radical, de las derechas autoritarias y fascistas, y del comunismo: «hoy no hay casi un alma en Europa que no se sienta afectada, o crea estarlo, por una pasión de raza, de clase o de nación, y muy a menudo por las tres» (Benda, 2008: 93, 99)³. Acusaba el distanciamiento que desde fines del siglo XIX se producía respecto al modelo del sabio desinteresado. La traición, por tanto, estaba en la renuncia a la racionalidad a cambio de la emotividad y la irracionalidad ideológica. El problema, denunciaba, era su capacidad de influencia social, una vez traspasados los límites del reducto del conocimiento. Así, el intelectual, «al adoptar las pasiones políticas, les aporta el formidable amparo de su sensibilidad si es un artista, de su fuerza persuasiva si es un pensador, de su prestigio moral en ambos casos» (Benda, 2008: 126; 123, 241).

Lo significativo es que en este proceso apreciaba un responsable primordial: «que las pasiones políticas se hayan vuelto universales, coherentes, homogéneas, permanentes, preponderantes, todo el mundo reconoce que es, en gran medida, obra del periódico político cotidiano y barato» (Benda, 2008: 99). Esta tendencia se agudizó en el dualismo de la guerra, lo que llevaba a Albert Camus a definir al periodista como «un hombre que, en primer lugar, se supone que tiene ideas. [...] Es luego un hombre que se encarga a diario de informar al público de los acontecimientos del día anterior. En resumidas cuentas, un historiador sobre la marcha, y su principal preocupación ha de

3. Véase: Schalk (1979: 26-48). Sobre los intelectuales en la política, pueden verse, entre otros, Charle (2001); Dosse (2007).

ser la verdad», por más que esta, indicaba, fuese escurridiza⁴. No se podía dar solo información, al menos en el contexto del final de la guerra en Francia, porque para Camus había que construir otro modelo de sociedad. El intelectual tenía la obligación de participar, en abierto contraste con la opinión de Benda, aunque este, en la edición de su libro de 1946, afirmara la necesidad de defender la democracia.

Sobre estos fundamentos y debates y sobre el desbordamiento de las pasiones en el tiempo que fue hasta la II guerra mundial, se construyó una percepción del militante como un individuo entusiasta en torno a una idea, generalmente de izquierdas hasta 1939, predominantemente de izquierdas tras la derrota fascista en 1945 (Schalk, 1979: 9). De hecho, al analizar la militancia y el compromiso ya en nuestro siglo, se afirmaba que, los «membres des partis de droite se situent encore aujourd'hui dans un double angle mort, de la sociologie des partis politiques comme de la sociologie de l'engagement» (Bargel, Dechezelles, 2009: 5; Pennetier, Pudal, 2000). Comenzó a analizarse la figura del militante desde ángulos diversos, como activo participante en la posguerra del estado del bienestar, como depositario último de las utopías, como canalizador de la expresión revolucionaria, como la base del fermento crítico en las sociedades occidentales; en definitiva, como una figura capital entre las ideas y las masas. Pero estas perspectivas mostraron la diversidad de opciones posibles, incluyendo las vinculadas con la Iglesia Católica:

«¿Qué diferencia hay, entonces, entre el buen católico y el católico militante? A nuestro entender, se trata fundamentalmente de una diferencia en orden a la responsabilidad. El buen católico siente primordialmente la responsabilidad de su propia vida religiosa y moral; el militante católico incluye en su personal responsabilidad la vida religiosa y moral de la sociedad en que vive»⁵.

En este caso, se trataba de una reivindicación de la militancia, en modo alguno pasada de moda. Se reactivaba hasta el punto de que incluso aquellos que aparentemente podrían ser considerados como ajenos a ese modelo de compromiso, se sumaban a él, por más que se siguieran apreciando considerables diferencias entre extremos ideológicos⁶.

4. Albert Camus, «La reforma de la prensa», *Combat*, 01.09.1944, recogido en: Camus (2021: 52). Esta idea de la disparidad entre las informaciones como fuerzas desordenadas de la historia y la reflexión, que define como periodismo crítico, la reitera, por ejemplo, en las pp. 63-64. Véase: Kopp (2017).

5. «Militantes», *El Ciervo*, 1/2, 15.11.1951, p. 1; Vidalenc (1951).

6. Así, por ejemplo, Albert Meister (1973) distinguía rotundamente entre «animadores» y «militantes», siendo los segundos quienes querían cambiar el marco social mediante la toma del poder. Pese a ello, hablaba en pasado, al considerarla una figura de otra época: «Même le terme de militant fait aujourd'hui vieillot» (1113).

Pese a todo, la percepción del militante en los años sesenta y setenta mantuvo la escora a la izquierda. Un reflejo de ello es el monográfico que *Le Mouvement Social* (1960-1961) dedicó a «Le militant ouvrier français dans la seconde moitié du XIXe siècle». La perspectiva, sin renunciar a la centralidad de organizaciones e ideas, prestaba atención a las bases, las fuentes para su estudio, su formación y características en el movimiento obrero. Se comenzaron a considerar las lecturas militantes, el *cursus honorum* en las organizaciones y los procesos de aprendizaje, incluso se aplicaba la idea de Pierre Bourdieu para hablar del capital militante. Esta nueva consideración de la figura viene recibiendo, en los últimos años, una atención más vinculada a la sociabilidad militante, a los nexos que interrelacionan a los componentes de diversas culturas políticas desde perspectivas interdisciplinarias⁷.

Este proceso de conocimiento del compromiso político, asociado, como queda dicho, al ámbito de las izquierdas, entró en cierto declive a partir de fines de los años setenta y durante los ochenta del siglo XX. No desapareció el interés hacia el compromiso militante, en buena medida por la aparición de otro militantismo que pronto escalaría en la atención pública: el vinculado a las diversas formas de radicalismo islámico. El giro hacia este ámbito en los estudios sobre la militancia fue evidente desde los años noventa, aunque no desapareció la atención prestada a las izquierdas históricas o a los movimientos antiglobalización o similares. Además, el auge de la extrema derecha en Europa también comenzó a generar análisis, aunque de tono predominantemente sociológico o politológico (Klandermans, Linden, Mayer, 2005). En muchas de estas investigaciones se relacionaba el ya mencionado apasionamiento de la militancia, o sus versiones más extremas, con el uso de la violencia (Rethmann, 2006; Acosta, 2014).

Lo que resultaba palpable era que se mantenía el interés hacia las diversas formas del compromiso; que asumir la defensa radical de principios e ideas no había quedado atrás como un residuo del tiempo, sino que en puertas del siglo XXI la militancia seguía siendo una forma de inserción, un instrumento de pertenencia e identidad y que su análisis no quedaba limitado por diferencias ideológicas. Tal vez la diferencia respecto a modelos previos fuese la ampliación del campo más allá de la izquierda. También se consideraba factible que las organizaciones derechistas tuvieran militantes más allá de los fascismos de los años treinta.

7. Algunos ejemplos significativos de estos nuevos análisis: Fillieule (2001); Matont y Poupeau (2004); Johsua (2007); Tomizaki (2009) sobre Pudal (1989); Michon (2010); Willemez (2013).

2. La contradictoria relación del carlismo con la militancia

En la prensa carlista del XIX se puede rastrear una acepción con sentido peyorativo, sobre todo asociada a la palabra política. Se trataría entonces de una acción intensa, activa y comprometida a favor de aquellas organizaciones surgidas con el liberalismo y que encarnaban buena parte de los males asociados a él: los partidos políticos. Un editorial definía con claridad a los políticos militantes:

«son los hombres inquietos, que no viven satisfechos sino en medio de las agitaciones; los intrigantes de la alta escuela; los noveleros y papamoscas; los pretendientes de todas clases, tanto los que piensan subir, como los que temen bajar; en una palabra, todos aquellos que se revuelven en el estrecho y tempestuoso campo de lo que se llama política militante; todos los que, guiados, al decir de ellos, por el celo de la felicidad de sus conciudadanos, se ocupan activamente en negocios públicos; todos esos políticos altos y bajos, grandes y pequeños»⁸.

Se trataba de los heraldos de la revolución, de aquellos a los que la Iglesia y sus componentes debían hacer frente en el combate que les era propio, asociando cada vez más lo religioso con lo político. Así lo afirmó Donoso Cortés en un discurso en el Ateneo de Madrid, cuando decía que la Iglesia «es una sociedad militante y por eso les prometió batallas y tormentos: es una sociedad conquistadora, y por eso les dio el mundo; la misión de la Iglesia es ser enseñante, militante y conquistadora perpetuamente»⁹. Esta lucha no debía ser la política, afirmaba una pastoral del obispo de Astorga¹⁰. Era una forma de mostrar su rechazo por una actitud que no había sido la más habitual en los años previos ni lo iba a ser en los venideros.

El concepto se aplicó de forma cada vez más amplia para indicar intensidad en el ejercicio de ideas y prácticas, un activismo llevado más allá de lo cotidiano, generalmente aplicado al mundo de la revolución, de la «democracia militante»¹¹, e incluso del socialismo militante¹². Esa intensidad comenzó a asu-

8. *La Esperanza*, 02.11.1853, p. 1.

9. *La Esperanza*, 13.01.1848, p. 4. Esta idea se reiteró durante buena parte del siglo XIX. Por ejemplo, una pastoral del obispo de Menorca sobre la cuestión italiana y la guerra de Marruecos (*El Pensamiento Español*, 24.02.1860, p. 3).

10. *La Esperanza*, 09.09.1850, p. 2; Cascallana (1850: 8).

11. Así lo afirmaba la crónica desde París de *La Esperanza*, 30.10.1851, p. 2; también en el mismo periódico, 08.01.1852, p. 3. Hablaban de una sociedad secreta parisina llamada *Democracia militante* (*La Esperanza*, 09.10.1852, p. 3), o de la sociedad democrática de Milán, revolucionaria, llamada *Italia militante* (*La Esperanza*, 31.03.1860, p. 3; *El Pensamiento Español*, 01.04.1860, p. 2).

12. *La Esperanza*, 06.11.1869, p. 3; *El Pensamiento Español*, 02.11.1871, p. 1; «La Internacional», *El Pensamiento Español*, 17.11.1871, p. 4; *La Regeneración*, 20.11.1871, p. 1.

mirse desde las filas del rey-pretendiente conforme avanzó el Sexenio, mezclada con un factor clave, el de constituir un grupo excluido de lo dominante. Así, cuando protestaba por los ataques recibidos, un fondo del diario *La Esperanza* asumía la representación de aquella parte del pueblo español «que por haber seguido defendiendo de un modo público y activo sus principios, podemos llamar militante; parte a la cual nosotros, como escritores, pertenecemos»¹³. Los redactores asumían su misión como portavoces de la idea minoritaria preconizada, el compromiso formaba parte de la actitud ante un contexto hostil. Más explícita era otra referencia que hablaba de la «parte militante de la comunión monárquica»¹⁴. Sin embargo, el sentido militar se hizo pleno con el inicio de la nueva guerra civil en 1872, cuando se habló del «contingente de voluntarios que el carlismo militante ha dado a la facción»¹⁵.

Se identificaba un grupo que compartía fundamentos, que no era dominante ni se imponía en la lucha por el poder, y al que se defendía también con la pluma, con una prensa que cada vez resultaba más importante en la batalla de las ideas, pues «bajo un sistema liberal, según lo entienden los modernos, ha de vivirse en perpetua guerra, y que por consiguiente la sociedad, que podría llamarse militante, debe estar *organizada* de una manera a propósito para sostenerla siempre»¹⁶. Esta descripción del sistema político liberal, en proceso paulatino de constitución del régimen de partidos, hacía que la noción tradicional de lo militante adquiriera un nuevo sentido. El carlismo, al verse excluido de ese nuevo marco, extendía la lucha más allá del sentido teológico o, al menos, la complementaba con lo político. A ella contribuían, además, aquellos que formaban parte del mal menor que suponía la prensa, la pluma militante, entendido el periodístico como nuevo campo de batalla de la opinión. Así, señalaba *La Esperanza*, si el marqués de Barzanallana, liberal, había escrito en prensa y por ello «ha puesto la pluma de que dispone al servicio del bando político en que milita»¹⁷, se asumía plenamente que el periodismo formaba parte directa del enfrentamiento político, de la actividad que emulaba el choque militar tal como se seguía entendiendo mediante el uso de la palabra militante. Por tanto, si los liberales lo hacían, ¿por qué no habrían de imitarlos los seguidores del rey-pretendiente, cada vez más interiorizada la necesidad de

13. *La Esperanza*, 27.01.1849, p. 1.

14. En la réplica que probablemente Pedro de la Hoz, director del periódico, daba a las críticas de Ríos Rosas («El Señor Ríos Rosas y los “absolutistas”», *La Esperanza*, 16.12.1861, p. 1).

15. *El Pensamiento Español*, 28.05.1872, p. 3.

16. *La Esperanza*, 31.05.1850, p. 1. Énfasis en el original.

17. *La Esperanza*, 25.06.1873, p. 2. Peña (2014).

adaptarse al marco del liberalismo?¹⁸. Esta actitud respecto a la acometividad de la prensa desde el carlismo ya se apreció en los años previos al Sexenio, y se incrementó durante la guerra. Consciente de ello, escribía Carlos VII a Louis Veuillot desde Durango agradeciendo el apoyo mediático recibido: «Il y a des écrits qui valent des batailles: les articles de l'*Univers* en faveur de ma cause sont autant de victoires à inscrire dans les annales de la lutte que j'ai engagée contre la Révolution»¹⁹.

Buena parte de estos sentidos se mantuvieron en el último cuarto del siglo XIX. Pervivía la idea de la intensidad del compromiso y de la disposición a la acción pública cuando se aplicaba el término militante a la política. Además fueron enriquecidos por las diversas circunstancias de su tiempo. Así, la propia división carlista llevó a asociarla al integrismo²⁰; o se vinculó con nuevas opciones políticas, como el catalanismo o, más genéricamente, con el regionalismo²¹. También aparecieron mencionadas algunas mujeres por su compromiso, aunque su papel se redujera a formar parte de una familia de immaculado apoyo a la causa, «a la cual dio además cinco valientes soldados [...] todos ellos empuñaron las armas con honor por Carlos VII»²². Era el rol que les estaba destinado y se marcaba con claridad su espacio de actuación. También mostraba, muy en relación con el mencionado papel político, que se podía ser «carlista militante en la paz como en la guerra»²³. Con las expectativas bélicas reducidas a la mínima expresión, el carlismo asumía el nuevo espacio de lucha: «Cuando el Tradicionalismo militante replegó sus huestes del campo de batalla, donde todo se había perdido, menos el honor y la fe en los ideales [...] aprestó plumas y desdobló hojas de diarios y de revistas, para librar batallas en el campo de la propaganda»²⁴.

A ese terreno se lanzó acogiendo cuantos mecanismos le fueran útiles y mostrando una imagen pública que fue asumida por sus oponentes. Así lo manifestaba Francisco Silvela en el Congreso, cuando afirmaba que era «el

18. *El Siglo Futuro* (20.10.1875, p. 2) planteaba una definición de partido político en la que cabía perfectamente el tradicionalismo: «un cuerpo colectivo militante que, animado de una idea, trata de reducirla a la práctica, de hacerla triunfar».

19. *L'Univers*, 01.05.1875, p. 1. Lo cita y contextualiza el apoyo periodístico de este conflicto Dupont (2021: 331).

20. X., «Otra estratagema: la política», *El Siglo Futuro*, 03.05.1887, p. 1.

21. X., «A La Veu de Catalunya», *El Siglo Futuro*, 07.02.1893, p. 3; o al hablar de José María de Pereda: José Joaquín de Ampuero, «D. José María Pereda, en la Real Academia Española», *El Correo Español*, 21.02.1897, p. 1; *El Correo Español*, 02.03.1906, p. 1.

22. *El Correo Español*, 04.02.1892, p. 2.

23. «Carta de Venecia», *El Correo Español*, 14.12.1892, p. 1.

24. Jaime Barrera, «El cincuentenario editorial de *La Hormiga de Oro*». *La Hormiga de Oro*, 29.06.1933, p. 426.

partido carlista en España una partido eminentemente político y militante, en el sentido de pretendiente, por medio de la fuerza, al poder»²⁵. Y es que el matiz del último cuarto del siglo XIX, insertos a regañadientes y ya sin remedio en la lucha política de acuerdo a las normas del constitucionalismo liberal, era el de la consecución del poder. Militante se entendió desde el carlismo como aquel que aspiraba al poder y así lo empleó el rey-pretendiente Carlos VII en el manifiesto de Loredán, dado como respuesta a los integristas:

«utilicemos estos momentos de espera en que todavía no nos toca entrar de un modo militante en la política de nuestra patria, preparándonos maduramente a buscar solución a las grandes cuestiones que, en día tal vez no lejano tenga yo que resolver con el concurso del Reino y la ayuda de vuestros brazos, de vuestros corazones y de vuestras inteligencias»²⁶.

La aspiración al poder era la que definía al militante, fuese un concepto colectivo o individual y es indudable que el carlismo seguía optando a él sin renunciar a ningún medio.

Pese a todos sus recelos hacia el sistema liberal, el carlismo (los carlismos), se apropió del término y, sin prescindir de su componente eclesial, identificó a los más comprometidos de sus seguidores, a los más activos en el intento de hacerse presentes en el espacio público con la finalidad de conquistar el poder, como militantes. Además de mantener de forma más o menos larvada el insurreccionalismo militar y sumarse con prontitud a la militarización de la juventud, en las dos últimas décadas del siglo XIX y con fuerza en el XX, privilegió la propaganda como espacio de actuación y especialmente la prensa. El periodista militante se apresuró como activista de primera línea, se situó en la trinchera de avanzada del combate al que nunca se renunció, ni como retórica ni como acción.

3. ¿Podemos aplicar el concepto *militante* al carlismo?

De ahí por tanto las preguntas: ¿por qué no asumir que la efervescencia carlista era una militancia y sus seguidores eran militantes? ¿por qué no considerar la presencia de una prensa y unos periodistas militantes, comprometidos con la causa? Aquellos que consideraban la mera información de actualidad como un demérito, argumentaban que «las noticias no pueden derrotar las ideas». Por

25. *Diario de las Sesiones de Cortes. Congreso de los Diputados*, 22, sesión del 15.12.1900, p. 563. Fue recogido en *El Siglo Futuro*, 17.12.1900, p. 1 y 28.05.1901, p. 1. Véase: Caspistegui (2021).

26. Manifiesto de Loredán, Venecia, 10.07.1888. Lo recogieron, entre otros: *La Fidelidad Castellana*, 17-07.1888, p. 1; *El Tradicionalista*, 18.07.1888, p. 1; *Lo Crit de la Patria*, 03.08.1888, p. 2. También en Ferrer (1957: 146-147).

tanto, solo los periódicos doctrinales eran útiles en el apostolado de las ideas: «el periódico católico militante, movido, bien hecho, de fibra apologética, erudito y variado, se devora, subyuga, se impone, cuando existe espíritu católico y amor a la Iglesia»²⁷. Si se admitía que los periodistas y quienes firmaban en la prensa tradicionalista defendían unas ideas y buscaban su difusión, ¿por qué no se les consideraba militantes?:

«A nadie, pues, debe extrañar el carácter militante, batallador de *El Siglo Futuro*. Entonces ejerce mejor y más cumplidamente su oficio, cuando ataca, cuando lucha, cuando asusta con los ladridos de sus contundentes artículos, y se encara con los enemigos de Dios y clava en ellos chispeante mirada de subida indignación y enseña los dientes afilados de acerada crítica y muestra acometividad implacable y tesón irreductible en defender con valentía los derechos de la Iglesia de Jesucristo»²⁸.

De hecho, se pueden comparar las características asociadas a la militancia radical del siglo XX que propone el grupo encabezado por Saucier (2009: 259-264), con los hitos centrales de las narrativas carlistas, y a partir de ello plantear los paralelismos:

1) necesidad de medidas extremas y no convencionales, ajenas a la norma vigente	9) sentido imperativo para aniquilar, exterminar o destruir el mal y así purificar al mundo
2) tácticas para absolver al movimiento de las consecuencias negativas de la violencia que defendían o ponían en práctica	10) glorificación o muerte por la causa
3) uso habitual de terminología militar en espacios discursivos ajenos a la misma	11) compromiso u obligación de matar o de llevar a cabo una guerra ofensiva
4) percepción de que la capacidad del grupo para alcanzar su posición estaba trágicamente obstaculizada, lo que llevaba a mentalidades de cruzada y victimización	12) maquiavelismo al servicio de lo sagrado
5) glorificar el pasado en referencia al grupo propio	13) intolerancia, venganza y belicismo como virtudes, incluyendo en ocasiones, la adscripción de esas tendencias militantes a entidades sobrenaturales

27. Betibat (Ignacio Navarro Canales, magistral de Cádiz), dedicó varios artículos a esta cuestión. Entre ellos: «*De petra, melle*. Actualidad de la prensa militante», *El Siglo Futuro*, 26.06.1924, p. 1; «Sobre prensa católica. Ideas antes que noticias», *El Siglo Futuro*, 30.06.1924, p. 1. José Álvarez de Miranda se remitía a Betibat como el principal portavoz de esta idea: «Erre que erre con la información... O a Zaragoza o al charco», *El Siglo Futuro*, 18.10.1929, p. 3.

28. Ignacio Navarro Canales, «Como perros ladradores», *El Siglo Futuro*, 19.03.1925, p. 10.

6) creencias mesiánicas, utópicas	14) deshumanización o demonización de los oponentes
7) catastrofismo, psicología de crisis y percepción de la situación como desesperada	15) el mundo moderno como desastre
8) anticipación de una intervención sobrenatural a favor del grupo propio	16) ilegitimidad del gobierno

Aunque algunos de estos elementos aplicados al carlismo puedan resultar excesivos, una mayoría de ellos encaja bien con la retórica que puede encontrarse en su prensa. Por ello, atribuir el carácter de militante a periodistas carlistas en el siglo XX no parece una hipótesis descabellada, y así lo corrobora la aplicación del término a Ramón Nocedal en algunos textos tras su muerte; o a Francisco de Paula Oller, que en Argentina afirmaba haber trabajado por el carlismo militante, y estar en disposición de acceder al triunfante; o en la necrológica del periodista leridano Antonio Ortiz Massó²⁹.

Por tanto, son varios los rasgos que muestra Saucier y su equipo que pueden aplicarse al carlismo. Así, por ejemplo, se hablaba de sacrificios llevados hasta las últimas consecuencias, en referencia a Manuel Sánchez Asensio, *Mirabal*, «un soldado de quien nunca se podrá decir que tuvo miedo ni volvió la cara» (*Mirabal*, 1921: 7, 20)³⁰. La victimización, por su parte, se planteaba al diferenciar entre el católico sin adjetivos, para el que todo sería accesible, y el carlista, al que «el Estado liberal no le mirará como un amigo, [...] ni como un indiferente, [...] sino que le tendrá como enemigo, y un enemigo militante de los que están en la brecha y no esconden la cara. Y a un enemigo así lo cerrarán los liberales todas las puertas»³¹. El autor de este texto, Benigno Bolaños, *Eneas*, director de *El Correo Español*, murió poco después y el *Heraldo de Madrid* afirmó que el carlismo perdía con él «uno de sus más acérrimos mantenedores, y el periodismo militante uno de sus representantes más prestigiosos»³².

Son muchos los aspectos de la percepción de unos obstáculos insuperables reflejados en lo que A. de Mirabal decía de su padre, el integrista Manuel Sánchez Asensio, *Mirabal*, cuando afirmaba que:

29. *El Siglo Futuro*, 03.04.1907, p. 3; «Los carlistas en la Argentina», *El Correo Español*, 02.12.1908, p. 1; B. Pelegrí, pbro., «Don Antonio Ortiz Massó», *El Siglo Futuro*, 12.01.1920, p. 1.

30. *La Hormiga de Oro*, 05.11.1921, p. 717.

31. Eneas [Benigno Bolaños], «De re catholica. El miedo a la brecha», *El Correo Español*, 30.07.1901, p. 1.

32. Recogido en *El Correo Español*, 14.07.1909, p. 1.

«Vivió y murió odiando al terror liberal; le combatió con todas sus energías, poniendo a contribución en tal empeño su robusto talento, su vastísima cultura, el fuego inextinguible de un gran corazón, sus propios intereses. [...] En los principios del doctrinarismo liberal, vio latir las consecuencias tangibles del bolcheviquismo; en el Estado liberal vio también el embrión del Estado comunista; y en los postulados del llamado “derecho nuevo” vio el germen de la revolución universal» (Mirabal, 1921: 6).

En este párrafo se pueden encontrar llamamientos implícitos a la lucha purificadora contra enemigos deshumanizados, a los que se podría añadir el comentario realizado sobre las normas de desarme general de la población civil dictadas por la República en 1934: «Pero ese desarme no debe ser solo material. Hay que desarmar moralmente a los inductores, organizadores y vividores de la revolución, cortándoles la lengua, rompiéndoles la pluma, esposándoles las manos y, si es preciso, poniéndoles a la sombra, porque estos son los verdaderos culpables y es un crimen de imprevisión dejarlos en libertad para que impunemente preparen la guerra civil»³³. Además, en el texto que sigue se puede apreciar el uso de terminología bélica, y del pasado como justificación de la violencia:

«poseer aquel espíritu, aquel temple, aquella fe y aquella convicción que, si llevó a los españoles de antaño ante los muros de Granada, más tarde a las vírgenes selvas americanas, más tarde a Flandes, siempre donde los intereses de la Religión, que son consubstanciales con la patria, reclamaban al misionero o al soldado, lleva a los de hoy al periódico y al libro, donde los errores hacen inexcusable la misión y donde los ataques del enemigo reclaman ser contestados con igual ardimiento en esta guerra de ideas, en que las armas no es una espada ni el arcabuz ni las picas de los tercios, sino la frágil pluma, esa frágil pluma que hacía temblar la mano de Luis Veuillot al cogerla y de cuyos rasgos puede derivarse o la salvación o el hundimiento de una sociedad» (Mirabal, 1921: 36)³⁴.

33. Fray Junípero [Antonio Sanz Cerrada], «Mesa revuelta», *El Siglo Futuro*, 09.02.1934, p. 3. El tono crecientemente enardecido y dicotómico se reflejaba bien en la sección «Ideas de un militante», firmada con el seudónimo *Parvissimus* por Enrique Sarradell, que se publicó en *El Siglo Futuro* desde la primavera de 1936.

34. Otro ejemplo, referido a la juventud católica militante: «Y no mas riñe, antes bien merece el calificativo de traidor, espía o cómplice de la enemiga perversidad, quien es blando, flojo y desmayado en el campo de batalla; quien sale a la refriega sin la debida preparación o infunde desaliento con sus conversaciones en los compañeros de filas, pacta con el enemigo, lo aplaude, encomia y considera», pese a ser, señalaba, la causa de la Iglesia «la bandera gloriosa que, al salir a la lucha, ha jurado defender hasta perder, no ya la comodidad y el reposo, sino hasta su hacienda y la vida» (Betibat, «Ecos de Roma. Juventud Católica Militante», *El Siglo Futuro*, 28.07.1922, p. 1).

La visión apocalíptica del presente en todos sus aspectos se puede percibir en la crítica al parlamentarismo y la democracia de Crescencio de Gardeazabal: «Nada hay tan claro y manifiesto como la incapacidad de la democracia española», advertía, añadiendo su infecundidad en «una masa estulta y exenta de sentido moral, que se duele de todo freno y adora la libertad con la intensidad que el salvaje». En definitiva, anunciaba su fracaso en España. Pero más allá de la descalificación genérica, se particularizaba en las figuras señeras del liberalismo, como reflejaba lo escrito sobre Canalejas, al que –a diferencia de los mismos carlistas– se tachaba de no tener «convicciones; y sin ese cimiento de la convicción firme, arraigada, inmutable, no hay gobernantes, ni políticos, ni siquiera puede haber “hombres”»³⁵. En definitiva, nada había válido ni solvente fuera de una verdad que solo desde el carlismo se podía apreciar y defender.

No puede haber una relación completa de todos los rasgos indicados por Saucier y su equipo, pero puede mostrarse que una adscripción militante para el carlismo, sus seguidores y concretamente sus periodistas, puede asumirse sin excesivas dificultades.

4. Tres militantes del periodismo carlista

Los tres ejemplos analizados son periodistas con largas trayectorias en el mundo de la prensa, también caracterizados por su preocupación hacia la historia de su propio movimiento y por su participación activa en las estructuras políticas y organizativas del carlismo. No son ejemplos aislados, pero sí constituyeron modelos periodísticos en los que otros más se inspiraron, además de recorrer buena parte de la prensa carlista durante el siglo XX. Política e ideológicamente mantuvieron una trayectoria que se juzgó de maneras contradictorias, mostrando las querellas internas que lo sacudieron. Se trata de Juan María Roma Comamala (1867-1946), Melchor Ferrer Dalmau (1888-1965) y Josep Carles Clemente Balaguer (1935-2018).

¿Podemos decir de ellos que fueron periodistas militantes? Es el objetivo de las páginas siguientes, que parten de un triple criterio: primero, y especialmente, comprobar si en su labor periodística se ajustaron al modelo informativo o al de opinión y combate polémico; segundo, si compatibilizaron su labor en la prensa con actividades de responsabilidad en el carlismo político; y tercero, si además llevaron a cabo actividades de difusión de principios más allá de las páginas periodísticas. Además, estos tres elementos pueden combinarse

35. Crescencio de Gardeazabal, «Tópicos del día. La democracia española», *El Correo Español*, 09.09.1915, p. 1; José María Macías, «Croniquilla. Canalejas», *El Correo Español*, 07.12.1911, p. 1.

con la ya mencionada caracterización en dieciséis argumentos con que se ha definido la militancia radical.

Puede adelantarse, sin temor a equivocación, que los tres autores analizados llevaron a cabo, primordialmente, un periodismo de opinión, en muchos casos de combate, enzarzados en polémicas con contrincantes ideológicos o simplemente con puntos de vista diversos. Quien puso en marcha primero su actividad periodística fue Roma, en *Lo Crit de la Patria* (1883), *La Carcajada* (1891), y dos órganos de las juventudes tradicionalistas de Barcelona: *El Nuevo Cruzado* (1896) y *La Cruzada* (1896 o 1897) (Navarro, 1917: 213; Burgo, 1978: 183, 256). Esta actividad se afianzó como director de *Lo Mestre Titas*, publicado desde fines de junio de 1897. Ya el carácter satírico de parte de estas publicaciones mostraba las líneas por las que se movía, no solo contra los potenciales enemigos del carlismo, sino manteniendo posturas críticas dentro del propio movimiento. De hecho, uno de los colaboradores de este último semanario fue Joan Bardina, con el que mantuvo una estrecha relación, pero cuya deriva hacia el nacionalismo catalán y su salida del carlismo en 1903 no siguió Roma (Canal, 1996; 2000: 265; 2006: 223-224), lo que no significó que hubiera una ruptura con él³⁶. El tono polémico de estas publicaciones se mantuvo en iniciativas posteriores, como el folleto en el que replicaba a Juan Urquía, del periódico *La Bandera Regional* (1906), que también dirigió, y que buscaban refutar la famosa serie *Los crímenes del carlismo*, de José Nakens (Roma, 1901; 1913). En un artículo de esta última revista, recogía con agrado dos rasgos que le atribuían: claridad y actualidad de lo tratado, lo que en buena medida afirmaba su tono polémico y combativo. Y aunque en alguna ocasión realizó Roma crónicas, la nota periodística dominante la marcaban afirmaciones como la siguiente:

«Confonen molts periòdichs –y els nostres molt sovint– la llealtat al Rey y al Programa ab una mena d'abdicació d'opinions propies, que'ns fa un mal immens. No tenen, altres, criteri format sobr'ls grans assumptes que senyoreigen avuy la colectivitat, resultant, aixís, quasi ni col·laboradors en la marxa de les coses públiques. Perxó la franquesa d'opinions de *La Bandera* y la intervenció seva en aquestes grans qüestions, han sigut, á molts, doblement simpàtiques»³⁷.

Toda una declaración de intenciones que se reflejó en la despedida a esta revista: «Roma tiene una voluntad de hierro. Hombre íntegro y convencido del

36. De hecho, figuró como testigo del novio en la boda de Bardina con Josepha Soronellas (*La Veu de Catalunya*, 22.12.1906, p. 4).

37. Rebec [Juan María Roma], «Polítiques. Junta que s'imposa», *La Bandera Regional*, II/81, 18.07.1908, p. 3.

ideal, a él ha consagrado su existencia. Siempre incansable, valiente, experto, no ha desertado un solo momento del puesto de honor»³⁸.

Fue por estos años, concretamente en diciembre de 1910, cuando un joven Melchor Ferrer se incorporó a la redacción de *El Correo Catalán*, de Barcelona. Ya para entonces, en las juventudes carlistas en las que se fogueó, había conocido a Juan María Roma, con el que estrechó relaciones, por ejemplo, en el Consejo Directivo del Comité de Propaganda de la Juventud Tradicionalista de Barcelona, que presidía Roma, y del que Ferrer era vicepresidente segundo³⁹. Muy significativamente, el futuro historiador del carlismo colaboró también con el semanario *La Trinchera* desde 1912. Sus textos de estos momentos, especialmente en *El Correo Catalán*, tenían un carácter de crónica e información. Como redactor de a pie, le encargaban cubrir actos diversos, pero en muchas ocasiones introducía comentarios que mostraban su compromiso. Valga como ejemplo el Aplech de Roca, en Tarragona, cuya crónica terminaba agradeciendo las atenciones recibidas, «deseándoles triunfos para la santa Causa, y que continúen en su ejemplar entusiasmo para bien de Montroig, del campo de Tarragona, de Cataluña y España entera»⁴⁰. No dejaba de ser un compromiso laboral que condicionaba sus opiniones. Por eso es más revelador que en *La Trinchera* se sintiera con más libertad de opinión y se atreviera a publicar un artículo titulado «¡Visca la violencia!»⁴¹:

«Nostra violencia solament es un desordre pera restablir l'ordre, y valgui la paradoxa. Non hi ha motius, per lo tant, de témer aquesta perturbació, ja que no es altre cosa que la ferma y entusiasta afirmació d'una idea. Quan un ideal es defensat ab violencia, aqueix ideal s'imposa, y quan una violencia trionfa, trionfa l'ideal. [...] No temeu, joves jaumistas, la violencia. Ella es feconda sempre, quan está al servey d'un ideal tan gran com el que defensém. Recordeu que son molts els cassos en qu'es més convincent un cop de puny que un rahonament, sobre tot quan l'acte violent va dirigit per la rahó y lo dret».

Recogiendo los más arriba citados elementos sobre la militancia radical, bien puede insertarse este texto en la necesidad de medidas extremas, fuera de norma, justificadas pese a sus consecuencias, como ejemplo de una actitud de intensidad y pasión en la defensa de los principios propios frente a los ajenos. De hecho, a fines de 1914, Melchor Ferrer ingresó en la Legión Extranjera francesa y participó en la I Guerra Mundial, resultando herido varias veces, pero

38. «Tributo de justicia», *El Norte*, 02.07.1912, p. 2.

39. *El Correo Catalán*, 18.02.1911, p. 1; *El Norte*, 22.02.1911, p. 2; *La defensa: semanario radical*, II/36, 26.02.1911, p. 3; *La Bandera Regional*, III/114, 04.03.1911, p. 6.

40. [M.] Ferrer, «Acción tradicionalista. Aplech de la Roca», *El Correo Catalán*, 29.05.1912, p. 1.

41. *La trinchera. Semanario jaimista*, I/1, 06.07.1912, pp. 1-2.

sin dejar de lado el periodismo por completo, pues escribió varios artículos de tono francófilo en la prensa catalana.

Mientras, mantuvo Juan María Roma el tono polémico del que para él era un referente, Jaume Balmes⁴², en aquellas publicaciones posteriores que también dirigió: *Vade-mecum del Jaimista* (1912) y *Tradiciones Patrias* (1913). A partir de estos momentos, su actividad periodística disminuyó, aunque nunca la abandonó, como muestran sus colaboraciones regulares con el *Diario de Valencia* desde 1913, siempre relativas a cuestiones candentes desde una perspectiva militante. Así, la criticada ley de enseñanza de 1913, especialmente en lo relativo a la percibida supresión de la religión en las escuelas, provocó las iras tradicionalistas:

«el Código de Enseñanza avanza. Y vendrá muy manso, muy hipócrita, muy cortés y muy neutro, envuelta la irreligión y el volterianismo de un espeso y elegante manto de orientaciones nuevas, de frases bien cortadas y de palabras amabilísimas, redactas por los pulquérrimos señores triunfantes de la Institución Libre de Enseñanza, republicana, y refrendadas por la monárquica pluma del ministro del señor rey...»⁴³.

Además asumió, para varios periódicos de provincias, la elaboración de informaciones-opiniones tituladas genéricamente «Barcelona», «Crónica(s) Barcelonesa(s)», o «Semana Barcelonesa»⁴⁴. Su contenido era fundamentalmente de reflexión al hilo de acontecimientos locales de actualidad, pero siempre con un alcance crítico. Esta actividad fue declinando conforme aumentaron los cargos políticos que fue asumiendo en la Diputación de Barcelona, en la Mancomunidad de Cataluña, además de en la organización jaimista. No dejó del todo el periodismo en este período, pero ya no alcanzó el ritmo previo. Aún apareció su firma tras la guerra civil, manteniendo el tono, cuando señalaba que el origen del partido conservador en España estaba en el abrazo de Vergara. Allí se llegó con la división del liberalismo en progresistas y moderados. Los primeros eran «hombres furibundos, inconsiderados, enemigos del orden, deseosos de hacer revoluciones a toda costa»; los segundos eran «hipócritas, egoístas y traidores con los que se oponían a sus planes». A su vez, los carlistas se dividieron en puros y acomodaticios. Estos y los moderados liberales se

42. Había publicado en 1910 en la revista *Ausetania*, de Vich, el estudio «Balmes Tradicionalista», por el centenario del pensador, al que consideraba «temible polemista y periodista concienzudo» (*La Bandera Regional*, 24.02.1912, p. 2).

43. Juan María Roma, «¡Alerta católicos! Reformas en la enseñanza», *Diario de Valencia*, 10.06.1913, p. 3.

44. Por ejemplo, en *El Defensor de Córdoba* y en *Diario de Valencia*, desde diciembre de 1913; desde marzo de 1914 en *El Pueblo Manchego*; a partir de abril en *Heraldo Alavés* y *El Restaurador*; desde junio en *El Correo de Cádiz*.

fueron acercando e hicieron nacer el partido conservador que luego asumió Cánovas⁴⁵.

Por su parte, Melchor Ferrer regresó de la guerra mundial en 1919 poniéndose al frente del órgano oficial del jaimismo, *El Correo Español*. Fue el inicio de su carrera como director de prensa carlista, pasando por *La Protesta*, significativamente subtítulo *Semanario de batalla* y con las palabras «Radicalismo, Intransigencia, Nobleza, Sinceridad», como lema⁴⁶. Publicó también en periódicos franceses como *Action Française* o *La Croix*, trabajó en *Diario de Barcelona* y dirigió desde 1930 *El Diario Montañés* y *Gil Blas* a partir de 1931, ambos en Santander. Al despedirse este último, el editorial señalaba que el periódico había sido «un soldado de Dios, de la Patria y del Rey, que puede morir en el combate, pero que no claudica ni traiciona su bandera y que, antes de caer, cuadrándose, exclama: ¡viva Cristo, viva España, viva el R...!»⁴⁷. Luego dirigió *Eco de Jaén* (1935), donde vivió la guerra civil. Prisionero en el campo de trabajos forzados de Fuerte del Rey, se trasladó tras el conflicto a Sevilla como director de *La Unión*, pero al negarse a ingresar en el registro de periodistas como establecía la ley de 1938, solo pudo continuar escribiendo en prensa de forma esporádica, con colaboraciones puntuales en diversos medios. Por tanto, a partir de fines de 1939, momento en el que se cerró la inclusión en el registro⁴⁸, abandonó la práctica periodística de forma profesional y hubo de buscar una salida alternativa, centrada fundamentalmente en la historia, no menos militante, como notaba Jaume Vicens Vives en la reseña a una de sus obras: «Son frecuentes las consideraciones políticas e ideológicas»⁴⁹.

Queda la tercera figura recogida en estas páginas, cuyos inicios profesionales en el ámbito del periodismo se iniciaron décadas después, pero que aún conoció y entrevistó a Melchor Ferrer⁵⁰. De Josep Carles Clemente se ha dicho

45. Juan María Roma, «Temas de ayer. La verdad ante la Historia», *Pensamiento Alavés*, 29.05.1940, p. 3.

46. Valga como ejemplo su artículo «Los representativos. La mala buena prensa. Herrera y su Debate», *La Protesta*, 20.11.1925, p. 1. Decía en él: «Católicos reconocementeros, mestizos, deseosos de figurar, liberales vergonzantes, prefirieron crear un nuevo diario, a sostener la Prensa que mantenía alta y pura la bandera de la España tradicional y católica». Prevenía sobre este periódico considerándolo liberal y mucho más peligroso para el catolicismo que los revolucionarios. Una semana después era contra ABC contra el que arremetía («Los representativos. La Gaceta de don Torcuato», *La Protesta*, 27.11.1925, p. 1).

47. «A los amigos de Gil Blas», *Gil Blas*, 28.05.1932, p. 1.

48. Orden del Ministerio de Gobernación de 27.10.1939 (BOE, 309, 05.11.1939, p. 6213).

49. *Índice Histórico Español*, IV (1958), pp. 271-2 y IV (1958), p. 477. Archivo General Universidad de Navarra, Fondo Melchor Ferrer, 158/028/106.

50. Josep Carles Clemente, «Reivindicación de Melchor Ferrer», *Pueblo*, 14.01.1979.

que «compaginó su actividad política como militante del Partido Carlista y su tarea de investigador y escritor de la historia del Carlismo, siendo lo que allá por los años 70, se denominaba un “intelectual comprometido”» (Onrubia, 2005: 12). Habría que añadir que también lo compatibilizó con una intensa actividad periodística que se inició a fines de la década de los años sesenta en *La Actualidad Española*⁵¹ o en *Montejurra*. Posteriormente fue redactor jefe de *Mundo* (1970), director de la revista *Destino* (1975) o *Poble Andorrà* (1977), además de colaborador de otras, como *El Pensamiento Navarro*, *Pueblo*, *Nuevo Diario*, *Arriba*, *El Imparcial*, *Tiempo de Historia*, *Historia y Vida*, *ABC*, *Informaciones*, *El Noticiero Universal*, *Diario 16*, *El País* y *Ya*. En su trayectoria periodística mantuvo un tono polémico, en muchas ocasiones centrado en la crítica de libros, y mantuvo una sonora controversia con Ian Gibson sobre la identidad de los asesinos del teniente Castillo en 1936⁵². En este caso, como en otros, defendió una visión renovada del carlismo, de carácter popular y socialista, que chocó con la visión más extendida, centrada en el tradicionalismo, muy cuestionada al hilo de la renovación ideológica que se emprendió con la incorporación de Carlos Hugo de Borbón⁵³. Esto generó altercados literarios, por ejemplo, con Ricardo de la Cierva⁵⁴. Se trataba de defender los postulados surgidos de la que sus protagonistas consideraron la «clarificación ideológica» del Partido Carlista a partir de los años sesenta, en lo que mantuvo un compromiso militante.

51. Alguno de los textos que publicó estaban dedicados a figuras del carlismo: «Habla Fal Conde», *La Actualidad Española*, 06.06.1968, pp. 20-25; «Entrevista con Esteban Bilbao», *La Actualidad Española*, 05.12.1968, pp. 33-5. Y aún se preparaba otro con el entonces pretendiente Javier de Borbón Parma (Carta de José Carlos Clemente a Carlos Hugo de Borbón Parma, Madrid, 12.11.1969. Archivo Histórico Nacional, Diversos-Archivo Carlista, Cj. 161, Exp. 2, n.º 61-62).

52. Josep Carles Clemente, «Gibson y Romero, frente a frente por la muerte de J. Calvo Sotelo», *El Noticiero Universal*, 12.05.1982, pp. 24-5. La réplica de Gibson: *El Noticiero Universal*, 28.05.1982, a la que contestó Clemente en: *El Noticiero Universal*, 07.07.1982. De nuevo Gibson en *El Día*, 15.07.1982 y *El Noticiero Universal*, 28.07.1982, p. 9.

53. Puede verse la extrañeza generada en las reseñas a algunos de sus libros. Por ejemplo: Alberto Míguez, «Cómo ser carlista», *El País*, 27.02.1977; Javier Tusell, «Historia vivida y leída. Los zigzags del carlismo», *La Vanguardia*, 07.10.1977, p. 6; Julio Aróstegui, «Una llamada de atención», *Historia 16*, VIII/81, 1982, pp. 118-9; Sisinio Pérez Garzón, «Un libro frustrado sobre el carlismo», *El País*, 14.11.1982, p. 6; Mercedes Cabrera, «El carlismo populista», *El País*, 20.03.1986. Una reseña anónima del libro *Los orígenes del carlismo*, publicada en *Triunfo*, 884, 05.01.1980, señalaba que «Clemente es un periodista e historiador catalán, entregado de lleno a la defensa, exégesis y difusión de la causa carlista en su variante más progresiva. Es, por tanto, historiador y militante».

54. Josep Carles Clemente, «La autogestión y Ricardo de la Cierva», *El Imparcial*, 09.04.1978; Josep Carles Clemente, *Tiempo de Historia*, 51, 02.1979.

De los tres periodistas puede decirse que sostuvieron un tono combativo y un compromiso intenso con la causa que apoyaban. Pero a ello hay que añadir que los tres ostentaron cargos significativos en la estructura política y organizativa del carlismo que defendían: Juan María Roma ya desde la década de los años diez en representación del tradicionalismo catalán, pero también en el propio partido, cargos que llegaron a la década de los treinta e incluso de forma controvertida, al asumir la unificación política de 1937, en los primeros años del franquismo. Del mismo modo, Melchor Ferrer ejerció diversas responsabilidades en la estructura de la Comunión Tradicionalista en su juventud y, posteriormente, cuando se trasladó a Santander o Jaén como director de periódicos carlistas, asumió la reorganización de la estructura del partido en ambas provincias. Tras la guerra integró algunas de las comisiones de carácter cultural que organizó la Comunión Tradicionalista. Por último, Josep Carles Clemente fue jefe regional del Partido Carlista en Cataluña, participó en su gabinete ideológico, fue jefe de prensa a nivel nacional, dentro de su ejecutiva, y encabezó la lista para el Congreso por Madrid en las elecciones generales de 1979. El compromiso activo de los tres fue indudable y prolongado en el tiempo, reforzando con él los textos que publicaban.

Además, los tres desarrollaron actividades complementarias que reforzaron los vínculos con la causa que defendían, en este caso a través de la difusión de la historia desde sus propios planteamientos, constituyendo, especialmente en los casos de Ferrer y Clemente, los pilares de una reflexión histórica que buscaba alejarse de los modelos vigentes en la historiografía española.

5. Para concluir

¿Era factible adoptar el modelo positivista del aislamiento del mundo en una actividad, la periodística, que nació en su sentido moderno asociada a la toma de partido y al combate político? ¿Era posible mantener el periódico únicamente informativo, aséptico, en el seno de transformaciones y cambios radicales? El periodismo carlista ni lo intentó, por más que buscara profesionalizar el ejercicio de la actividad de sus periodistas, pero siempre en un marco de ortodoxia e implicación.

Considerar el compromiso de los tres periodistas citados como una muestra de militancia implica reconocer el papel que esta categoría ejerció en el mundo del carlismo. Militantes eran quienes en el siglo XIX asumieron desde los periódicos de las distintas corrientes de este movimiento la defensa de sus percepciones de la sociedad, la política, el pueblo y la nación, la monarquía y las instituciones. Como categoría analítica no puede dejarse de lado, entre

otras cosas porque facilita la comprensión de actitudes y comportamientos y ayuda a explicar las ideas y su percepción en una cultura política longeva.

Que los periodistas carlistas fueron militantes esforzados en la defensa (y ataque) de sus ideas lo reconocieron ellos mismos, completando las trincheras desde las que, con la pluma y los tipos móviles, riñeron combates sin descanso, tanto contra enemigos situados fuera de su órbita ideológica, como contra los de su propio terreno.

Bibliografía

- ACOSTA, Benjamin (2014). From Bombs to Ballots: When Militant Organizations Transition to Political Parties. *The Journal of Politics*, 76/3, 666-683. <https://doi.org/10.1017/S0022381614000188>
- BARGEL, Lucie y DECHEZELLES, Stéphanie (2009). L'engagement dans des partis politiques de droite. *Revue française de science politique*, 59/1, 5-6. <https://doi.org/10.3917/rfsp.591.0005>
- BENDA, Julien (2008). *La traición de los intelectuales*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- BURGO, Jaime del (1978). *Fuentes para la historia de España. Bibliografía del siglo XIX. Guerras carlistas, luchas políticas*. Pamplona: ed. del autor.
- CAMUS, Albert (2021). *La noche de la verdad. Los artículos de Combat (1944-1947)*. Barcelona: Debate.
- CANAL, Jordi (1996). El carlisme catalanista a la fi del segle XIX: Joan Bardina i *Lo Mestre Titas (1897-1900)*. *Recerques: història, economia, cultura*, 34, 47-71.
- CANAL, Jordi (2000). *El Carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*. Madrid: Alianza.
- CANAL, Jordi (2006). *Banderas blancas, boinas rojas. una historia política del carlismo, 1876-1939*. Madrid: Marcial Pons.
- CASCALLANA, Juan Nepomuceno (1850). *Carta pastoral que el excelentísimo señor Obispo de Astorga dirige a sus diocesanos en su ingreso al Obispado*. Madrid: Eusebio Aguado.
- CASPISTEGUI, Francisco Javier (2021). *Espacios de la propaganda carlista*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- CHARBONNEAU, Bernard (01.05.1939). Le militant. *Esprit*, 7/80, 240-248.
- CHARLE, Christophe (2001). *Les intellectuels en Europe au XIXe siècle: essai d'histoire comparée*. Paris: Seuil. <https://doi.org/10.14375/NP9782020239578>
- DICIONARIO (1846) de Teología por el abate Bergier. III. Madrid: Imp. de D. Primitivo Fuentes.
- DOSE, François (2007). *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universidad de Valencia.
- DUPONT, Alexandre (2021). *La internacional blanca. Contrarrevolución más allá de las fronteras (España y Francia, 1868-1876)*. Zaragoza: PUZ.

- FERRER, Melchor (1957). *Escritos políticos de Carlos VII*. Madrid: Editora Nacional.
- FILLIEULE, Olivier (2001). Propositions pour une analyse processuelle de l'engagement individuel: post scriptum. *Revue française de science politique*, 51/1-2, 199-215. <https://doi.org/10.3406/rfsp.2001.403613>
- JOHSUA, Florence (2007). Les conditions de (re)production de la Ligue communiste révolutionnaire (LCR): l'approche par les trajectoires militantes. En Haegel FLORENCE (dir.). *Partis politiques et système partisan en France (25-67)*. Paris: Presses de Sciences Po.
- KLANDERMANS, Bert; LINDEN, Annette y MAYER, Nonna (2005). Le monde des militants d'extrême droite en Belgique, en France, en Allemagne, en Italie et aux Pays-Bas. *Revue internationale de politique comparée*, 12/4, 469-485. <https://doi.org/10.3917/ripc.124.0469>
- KOPP, Robert (04.2017). Albert Camus: Les illusions perdues d'un militant. *Revue des Deux Mondes*, 143-148.
- Le Mouvement social* (10.1960-03.1961), 33/34, 7-86. <https://doi.org/10.2307/3777331> a <https://doi.org/10.2307/3777335>
- LENIN, Vladimir Ilich (1980). *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
- MANUAL (1930) *del Católico militante*, San Sebastián, La Cruz.
- MATONT, Frédérique y POUPEAU, Franck (2004). Le capital militant. Essai de définition. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 155/5, 4-11. <https://doi.org/10.3917/arss.155.0004>
- MEISTER, Albert (05.1973). Animateurs et militants. *Esprit*, 424/5, 1093-1115.
- MICHON, Sébastien (2010). Études et engagement politique: l'interdépendance des carrières militantes et étudiantes. En Yvonne NEYRAT (ed.). *Cultures étudiantes* (41-53). Paris: L'Harmattan.
- MIRABAL, A. de (1921). *Mi padre (de la vida de un periodista católico)*. Madrid: B. Delamo editor.
- NAVARRO CABANES, José (1917). *Apuntes bibliográficos de la prensa carlista*. Valencia: Sanchís, Torres y Sanchís.
- NÚÑEZ DE TABOADA, Melchor (1825). *Diccionario de la lengua castellana, para cuya composición se han consultado los mejores vocabularios de esta lengua y el de la Real Academia Española, últimamente publicado en 1822...* Paris: Seguin.
- ONRUBIA REBUELTA, Javier (2005). *Josep Carles Clemente, historiador del carlismo*. Madrid: BPC.
- PENNETIER, Claude y PUDAL, Bernard (2000). Évolution des méthodes d'analyse du militant ouvrier, archétype du militant. En José GOTOVITCH, Anne MORELLI (dirs.). *Militantismes et militants* (13-26). Bruselas: EVO.
- PEÑA, María Antonia (2014). Escritura y política en la España del siglo XIX. En María Cruz ROMEO y María SIERRA (coords.). *La España liberal 1833-1874*, vol. II *Historia de las culturas políticas de España y América Latina* (163-187). Madrid: Marcial Pons-PUZ.

- PUDAL, Bernard (1989). *Prendre parti. Pour une sociologie historique du PCF*. París: Presses de Sciences Po.
- RETHMANN, Petra (2006). On Militancy, Sort of. *Cultural Critique*, 62, 67-91. <https://doi.org/10.1353/cul.2006.0008>
- ROMA, Juan María, *Soliva* (1901). *Los carlistas, los bolsistas y La Patria*. Barcelona.
- ROMA, Juan María (1913). *Los crímenes del liberalismo*. Barcelona: Imp. de la Hormiga de Oro.
- SAUCIER, Gerard et al. (2009). Patterns of Thinking in Militant Extremism. *Perspectives on Psychological Science*, 4/3, 256-271. <https://doi.org/10.1111/j.1745-6924.2009.01123.x>
- SCHALK, David L. (1979). *The Spectrum of Political Engagement: Mounier, Benda, Nizan, Brasillach, Sartre*. Princeton: Princeton University Press.
- TOMIZAKI, Kimi (2009). Da militância ao estudo do militantismo: a trajetória de um politólogo. Entrevista com Bernard Pudal. *Pro-Posições*, 20/2 (59), 129-138. <https://doi.org/10.1590/S0103-73072009000200009>
- VIDALENC, Georges (07-08.1951). Masse et Militants. *Esprit*, 180/181, 165-177.
- WILLEMEZ, Laurent (2013). Apprendre en militant: contribution à une économie symbolique de l'engagement. En Patricia VENDRAMIN, *L'engagement militant* (51-65). Lovaina: Presses universitaires de Louvain.